

Del sentimiento trágico del suicidio en los hombres y en los pueblos

Gemma Gordo Piñar

Universidad Autónoma de Madrid (España)

Del sentimiento trágico del suicidio en los hombres y en los pueblos (*)

On the tragic feeling of suicide in humans and peoples

Gemma Gordo Piñar

Universidad Autónoma de Madrid (España)

gemma.gordo@uam.es

Fecha de recepción: 25 de diciembre de 2023

Fecha de aceptación: 14 de abril de 2024

Resumen

Las múltiples referencias al tema del suicidio y la reiterada presencia de muertes por suicidio en la obra de Miguel de Unamuno invitan a reflexionar sobre las causas de su interés por el tema, el modo en que lo plantea y su finalidad al hacerlo. Tema trágico que no sólo aborda en relación con España sino también con Portugal. Desde su conocimiento y valoración de la realidad humana, histórica, religiosa y política de ambos países y del contacto con destacadas figuras que terminan suicidándose, reconstruimos el imaginario unamuniano en torno al suicidio. Para finalizar, y a la luz del tratamiento del suicidio en los medios de comunicación en la actualidad, evaluamos si Unamuno entraría dentro del llamado “efecto Werther” o en el “efecto Papageno”.

Palabras clave: Miguel de Unamuno; Suicidio; Tragedia; España; Portugal.

Abstract

The multiple references to the subject of suicide and the repeated presence of deaths by suicide in Miguel de Unamuno’s work invite us to reflect on the causes of his interest in the subject, the way in which he approaches it and his purpose in doing so. This is a tragic topic that he addresses not only in relation to Spain but also to Portugal. From his knowledge and appreciation of the human, historical, religious and political reality of both countries and the contact with prominent figures who end up committing suicide, we reconstruct the Unamunian imaginary around suicide. Finally, and in light of the treatment of suicide in the media today, we evaluate whether Unamuno would fall within the so-called “Werther effect” or the “Papageno effect”.

Keywords: Miguel de Unamuno; Suicide; Tragedy; Spain; Portugal.

(*) Este trabajo ha sido financiado por la ayuda CA2/RSUE/2021-00729 del Ministerio de Universidades, PRTR y UAM.

1. INTRODUCCIÓN

Albert Camus afirmó que el problema filosófico verdaderamente serio es el suicidio; juzgar si la vida merece la pena o no vivirla (Camus, 1995, p.15). Unamuno, con similares preocupaciones existencialistas, en su obsesión e intento de sitio del misterio de la muerte¹ y del sentido de la vida, se topó con el suicidio como una puerta de entrada a la muerte que albergaba un misterio en sí, constituyéndose en un doble misterio para él: el de la muerte como tal y el de los motivos que llevan al suicidio (al llevarse el suicida con él el porqué de su decisión). Y es este misterio del suicidio en la obra unamuniana lo que queremos aquí abordar.

Son numerosos los escritos de Unamuno en los que hace referencia al suicidio. Las palabras “suicidio” y “suicida” se repiten religiosamente en artículos, ensayos, novelas, obras de teatro, poesías y cuentos. Al igual que su sentimiento de la vida, caracterizado por su tragicidad, el suicidio va acompañado de ese mismo sentir trágico en su obra. Es significativo el hecho de que, como hizo respecto al sentimiento trágico de la vida (no olvidemos la coetilla “en los hombres y en los pueblos”), Unamuno abordara el suicidio desde una perspectiva tanto individual como colectiva-nacional-ibérica, por lo que su planteamiento implica también reflexiones sociológicas, históricas y políticas. Todo ello lo convierte en un tema extenso y complejo de analizar. Por ello, en estas páginas, conscientes de la imposibilidad de un análisis completo del papel del suicidio en la obra de Unamuno, nos centraremos en algunas cuestiones que consideramos menos abordadas hasta la fecha, enfocándonos más en la *realidad* del suicidio en la vida y época de Unamuno y cómo le afectó y se reflejó en su obra.

2. METODOLOGÍA

La metodología usada ha sido cualitativa, basada en la búsqueda y análisis de fuentes primarias y secundarias, todas ellas vinculadas al tema central del trabajo: el suicidio, tanto en la época de Unamuno como en la nuestra.

En este sentido, podemos dividir el trabajo en dos partes. La primera, en la que se lleva a cabo una revisión de la obra de Miguel de Unamuno buscando referencias al suicidio e intentando reconstruir el imaginario unamuniano en torno al tema. Y la segunda, en la que hemos querido exponer y valorar la manera en que Unamuno se refirió al suicidio, es decir, si lo contempló positivamente e incitó al suicidio en sus obras y discursos o si, por lo contrario, quiso concienciar sobre el tema y disuadir a sus lectores de esa irreversible decisión. Para ello se ha tenido presente cómo actualmente se recomienda tratar el suicidio, estableciendo así puentes entre ambas épocas (la de Unamuno y la nuestra) en torno al tratamiento del suicidio en España.

¹ Como expresa en “El mal del siglo”: “¡La muerte! He aquí la clave de todo. [...] El problema de la muerte es el radical de la vida” (Robles, 1999, p.126).

Para ello hemos consultado bibliografía actual relativa al tratamiento del suicidio en los medios de comunicación (“efecto Werther” y “efecto Papageno”), recurriendo también a los datos del Instituto Nacional de Estadística² (INE) y de la Organización Mundial de la Salud (OMS).

Además, se ha tenido en cuenta material audiovisual, como diferentes documentales en torno al suicidio: *800.000: el suicidio, el mal invisible*, Producción de 93 metros para El Español, 2015; *El silencio que mata*, Celia Rodríguez, 2022; *10, una realidad silenciada*, Conrado Escudero, 2022.

3. LA CONSTANTE DEL SUICIDIO EN UNAMUNO

El suicidio ha sido abordado por diferentes investigadores de la obra unamuniana³, constituyendo las obras literarias los principales focos de atención, especialmente las novelas *Amor y pedagogía* y *Niebla*. Gorka Bilbao resume la perspectiva de dichos trabajos afirmando que “el suicidio en los textos unamunianos ha sido tratado por la crítica tradicional como un método por el cual sus personajes consiguen escapar de una realidad universal que les aliena y les niega como sujetos autónomos y libres. El suicidio [...] ha sido entendido como una solución al *Spleen* romántico que sufren sus personajes o como una afirmación de corte existencialista que estos personajes necesitan llevar a cabo para afianzar su control sobre sí mismos y así autoafirmarse” (Bilbao, 2014, pp.430-431). Pero Bilbao pretende ir un paso más allá y centra su investigación en una manera *alternativa* y en ocasiones *complementaria* de acercarse al suicidio en Unamuno, entendiéndolo “como una forma de superar los límites que la razón impone en el ser humano” y llegar así al conocimiento absoluto en el más allá, ya que es ahí donde podrá proyectar su alma al infinito, produciéndose la unión con Dios (Bilbao, 2014, pp.430-431). Para ello, Bilbao se centra en obras como *El hacha mística*, *La redención del suicidio* o *La sombra sin cuerpo (Fragmento de una novela en preparación)*.

Aceptando todos estos planteamientos del suicidio presentes en la obra de Unamuno, los cuales irán apareciendo en el desarrollo del texto, nuestra intención es, por un lado, contemplar un mayor número de obras de referencia del corpus unamuniano a la hora de abordar el suicidio y por otro, aunque con base en ello, ampliar las consideraciones de Unamuno en torno al suicidio y vincularlas con acontecimientos que vivió relacionados con esta cuestión, tanto a nivel individual como colectivo, recurriendo no sólo a sus obras literarias sino también a sus

2 Datos del Instituto Nacional de Estadística (INE). <https://www.ine.es/dynt3/inebase/index.htm?padre=8965&capsel=8974>

3 Ver “Unamuno’s *Niebla*: Existence and the Game of Fiction”, de Carlos Blanco Aguinaga; “Nueva lectura de *Niebla*: Kierkegaard y el amor”, de Juan Antonio Garrido Ardila; “La muerte en la ficción unamuniana: Una encrucijada entre el conocimiento y la identidad individual”, de Gorka Bilbao Terreros.

artículos, su diario personal, su correspondencia epistolar, etc. Es decir, ir más allá del imaginario literario de Unamuno en torno al suicidio y conectar este acontecimiento con sus experiencias vitales, a pesar de ser conscientes de que en él realidad y ficción, vida y obra llegan a confundirse.

Para rastrear los orígenes del interés del tema del suicidio en Unamuno, lo primero es comprobar si en su infancia experimentó este tipo de muerte en algún miembro de su familia. La publicación póstuma de un texto inédito de Unamuno, *El misterio inicial de mi vida*, abrió la posibilidad a la hipótesis del suicidio paterno, generándose cierta polémica entre algunos investigadores de su obra. El relato, extractado, es el siguiente:

“Nunca lograré olvidar, ni aunque lo quisiera, lo que podría llamar con toda propiedad el horizonte terrestre de mi historia íntima, de la biografía de mi alma. [...] De este recuerdo arranca mi conciencia y hasta me atrevo a decir que toda la vida de mi espíritu no ha sido más que un desarrollo de él. [...] este suceso. Que fue, sin duda el desenlace, el término de una tragedia, pero que para mí no es más que el arranque de la otra. [...] De pronto mi madre sacudió la cabeza [...] y exclamó con voz como agonizante: “¿qué? ¿qué es?”. Había sonado un tiro en el gabinete. [...] Mi padre yacía en su sillón blanco y rojo, blanco de cera el rostro y enrojecido por un chorrillo de sangre que le brotaba de la sien. En el suelo una pistola. [...] Aquella muerte voluntaria, y sobre todo la razón de ella –“¿por qué se había matado?”- empezó a ser, sin que en un principio me diese yo cuenta de ello, el misterio inicial de mi vida. Entorno (sic) de aquella visión se fueron organizando todas las subsiguientes visiones de mi experiencia” (citado en Dobón, 1996, p.3).

Como señala María Dolores Dobón, “lo verdaderamente importante de este texto es esa historia de misterio que encierra, hasta hoy ignorada o silenciada” (Dobón, 1996, p.3), preguntándose (y nosotros con ella) por qué Unamuno no lo dio a conocer. Y, aunque Dobón en un primer momento contempla la posibilidad del suicidio de Félix de Unamuno, finalmente la descarta por no existir noticias al respecto, tanto en los escritos de Unamuno como en la prensa de la época (“¿Cómo impedir que se supiera en Bilbao?”, Dobón, 1996, p.5). En la misma línea está José Antonio Ereño Altuna que, basándose en el acta de defunción de don Félix (Frayle, 1996, p.90), niega esa posibilidad.

Más allá de esta polémica, lo que nos resulta de interés son varias cuestiones que Unamuno plantea aquí en torno al suicidio: 1) El considerarlo una tragedia, tanto para el suicida como para su familia; tragedia que marcará la vida de éstos. 2) El tema de la voluntariedad del suicidio. 3) El misterio de las razones del suicidio.

Unamuno retoma en diferentes textos la idea del suicidio del padre (sea de quien fuera el padre), por lo que consideramos que “la idea de un padre suicida parece haber preocupado a Unamuno” irrumpiendo en su obra (Dobón, 1996, p.4). Esa *irrupción* la podemos observar, además de en *El misterio de mi vida*, en *Niebla*

(en la que se suicida el padre de la protagonista, Eugenia), en *Victoria y Una mujer*, dos de sus dramas inconclusos, en los que “es la ruina económica la que arrastra al padre a quitarse la vida” de dos de sus personajes, Victoria y Sofía (Dobón, 1996, p.4), en *La sombra sin cuerpo (Fragmento de una novela en preparación)*, etc.

El suicidio del padre es planteado por Unamuno en muchos casos como un misterio que acompaña a sus descendientes a lo largo de su vida, convirtiéndose en un misterio sobre su propia vida también. La importancia que daba a la infancia y lo que en ella acontece como el embrión de lo que luego se llegará a ser convierte el tema del suicidio en una cuestión medular, como aparece en *La sombra sin cuerpo*:

“El misterio del suicidio de mi padre me atormentaba [...] de continuo. En él se encerraba para mí el misterio de mi propia vida y hasta de mi existencia. <<¿Por qué y para qué había venido yo al mundo?>>. Tal era la pregunta que me dirigía a mí mismo de continuo. Y si no acabé con mi vida, si no me la quité a propia mano armada, fue porque esperaba arrancar de mi madre, a escondidas del otro, la solución del misterio de mi vida” (citado en Bilbao, 2014, p.437).

A su vez, y vinculado a lo anterior, se vuelve también una constante en su obra la imagen del hombre que acaba con su vida con un disparo en la sien, de la que cae un hilo de sangre. Esta representación del suicidio aparece, por ejemplo, en *Ramón Nonnato, suicida*⁴, cuyo protagonista fue huérfano de madre, muriendo ella al nacer éste: “Habíanle sacado a Ramón Nonnato del cadáver tibio de su madre, que murió poco antes de cuando había de darle a luz” (Unamuno, 1913, p.30). El comportamiento de su padre (caracterizado por el amor al dinero y al negocio, la usura y la avaricia) le llevó a poner sus posesiones al servicio de los más necesitados en un intento de enmendar las actitudes de aquel, por quitarse ese pecado de nacimiento y salir de esas “tinieblas húmedas donde acabó de entristecerse el alma” (Unamuno, 1913, p.27). Pero esto no resultó y, ante este sentimiento de no poder recoger el agua derramada, Ramón se suicida de un disparo; su criado le encontró con “un hilo de sangre que le destilaba de la sien derecha” (Unamuno, 1913, p.25) junto a un retrato de su madre. El peso de la figura de su padre era tan grande en el protagonista que, una vez que Ramón se quita la vida, al conocerse la noticia, la gente afirma: “le ha suicidado su difunto padre” (Unamuno, 1913, p.26). Frente a esta apreciación, el narrador de la obra concluye que Ramón “había nacido con el suicidio en el alma” (Unamuno, 1913, p.30).

Estas dos presentaciones del suicidio en la obra de Unamuno aparecen frecuentemente. Por un lado, la consideración de que algunas personas no se suicidan, sino que las suicidan (interpelándonos a reflexionar sobre el peso que los

4 Obra con matices interesantes, empezando por el título, cuyo protagonista puede que esté inspirado, más que nominalmente, en la figura de San Ramón Nonato, llamado así porque nació por cesárea una vez que su madre había fallecido.

otros tienen en las decisiones vitales personales⁵). Y, por otro, el hecho de nacer ya suicida, un suicidio innato⁶ (de ahí lo de *nonato*), debido en este caso al haber nacido de su madre muerta, y lo que esto conlleva: el desamparo de no tener madre y la ausencia de recuerdos de ella, es decir, la carencia de esperanzas (ya que para Unamuno no hay esperanzas sin recuerdos) y de identidad, aspectos tan relevantes para el buen desarrollo de individuo para Unamuno y que, en cuyo defecto, pueden llevar al suicidio.

Además de estas dos posibilidades en cuanto a las causas del suicidio de Ramón, el texto contiene otros datos en torno al suicidio que han sido y son actualmente elementos de estudio. Por ejemplo, la cuestión de la época del año donde más gente se suicida, la hora del día que se suele elegir para ello, el lugar, etc. Este es el marco elegido por Unamuno para su protagonista: Ramón se había suicidado “en la víspera de aquel día de otoño gris, a punto de ponerse el día” (Unamuno, 1913, p.25). La tarde anterior había estado paseando solo por la orilla del río. Como vemos, otro elemento fundamental es la soledad como acompañante y detonadora del suicidio, a la que habría que unir la tristeza. En contraposición a ellos, el mar como elemento de cierta calma y consuelo: “íbese Nonnato solo a orillas del mar a consolarse de su soledad con la soledad del Océano y a olvidar las tristezas de la tierra. El mar le había siempre llamado como una gran madre consoladora” (Unamuno, 1913, p.28).

5 En algunos casos, la influencia es negativa y lleva a los personajes al suicidio, como en “El secreto de un sino. Apólogo” (1913), donde el protagonista, Noguera, se suicida de un disparo debido a su relación con Perálvarez, un “escéptico y nihilista casi de profesión” (Unamuno, 1966b, p.830), para el que los prójimos eran egoístas y falsos; “filosofía desoladora” que llevó a Noriega al odio a los otros y, de ahí, al suicidio. En otros casos, la influencia es positiva, como en “El padrino Antonio” (1916), donde al saber que su pareja se ha suicidado, Pidita quiere seguirle al ver su honor mancillado. Su padrino, Antonio, le dice que no lo haga, que “esas son cosas que has leído en los papeles. Si no hubiera papeles, no habría suicidios de esos” (Unamuno, 1966b, p.848), erradicando así la idea del suicidio en ella. A veces son los propios personajes los que explican los motivos que les han disuadido de su voluntad suicida, como podemos ver en “La viuda de Demetrio. Ensayo de filosofía moral” (1912), cuya protagonista, una viuda que desea irse con su marido, encuentra consuelo a su aflicción y un motivo para vivir en el hecho de poder encomendar a Dios el alma de su marido y prepararse para tener una buena muerte. Unamuno concibe la vida como una preparación para la muerte, pero esto no significa suicidarse porque para él suicidarse no es saber morir.

6 La idea de que muchos de los suicidas son suicidas de nacimiento aparece reiteradamente en la obra de Unamuno. De ellos afirma que, aunque parezca que tienen razones para ello, cualquier excusa les habría servido para realizar su destino trágico. Esto lo podemos ver en “Una tragedia” (1923) o en “Tulio Montalbán y Julio Macedo” (1920). Este innatismo no significa que no puedan evitar el suicidio, tal y como ocurre en el padre del cura don Manuel y del mismo cura (quien considera el suicidio su “tentación mayor”), como podemos leer en la novela: “Mi pobre padre, que murió de cerca de noventa años, se pasó la vida, según me lo confesó él mismo, torturado por la tentación del suicidio, que le venía no recordaba desde cuándo, de nación, decía, y defendiéndose de ella. Y esa defensa fue su vida. Para no sucumbir a tal tentación extremaba los cuidados por conservar la vida. Me contó escenas terribles. Me parecía como una locura. Y yo la he heredado. ¡Y cómo me llama esa agua que con su aparente quietud -la corriente va por dentro- espeja al cielo! ¡M i vida, Lázaro, es una especie de suicidio continuo, un combate contra el suicidio, que es igual” (Unamuno, 2017, pp.1188-1189).

4. EL SUICIDIO EN ESPAÑA

Dejando al margen el suicidio del padre, la realidad es que la vida de Unamuno estuvo atravesada por diferentes suicidios que, en mayor o menor medida, le fueron marcando. En un segundo círculo social, más allá del familiar, el ambiente salmantino y sus relaciones amicales se vieron salpicadas por suicidios que tuvieron cierta trascendencia. Es llamativo el hecho de que cuando Unamuno llega por primera vez a Salamanca en julio de 1891 pervivía el reciente suicidio de Manuel Villar y Macías (ocurrido en junio de 1891), el cual había conmovido a la ciudad al ser éste uno de sus más ilustres hijos (Salcedo, 2005, p.83).

El suicidio de Villar nos permite acercarnos al ambiente salmantino, los conflictos entre diferentes sectores de la sociedad en los que se inserta Unamuno a su llegada:

“existen discordias más agudas y graves desde la primavera de 1891. La negativa del obispo Cámara de dar sepultura cristiana a un impenitente, Mariano Arés, catedrático de Metafísica de la Universidad, ha dado lugar a una demostración de fuerza de los republicanos por su calidad de librepensador [...] También los decretos del Boletín Eclesiástico difundidos por la muy influyente *Semana Católica de Salamanca* han condenado <<la asistencia a la conducción pública del cadáver de un impenitente>>. El suicidio de D. Manuel Villar y Macías [...] provoca también disensiones y los integristas se horrorizan por que reciba sepultura cristiana” (Rabaté, 2009, p.121).

En España estuvo prohibido enterrar a los suicidas en camposanto y que recibieran exequias cristianas hasta 1983, cuando el nuevo Código de Derecho Canónico no incluía la regulación que sí contenía el Código de 1917, en el que quedaba excluido de ser enterrado en los cementerios cristianos todo el que se matara a sí mismo con libertad y dominio de sus facultades (incluyendo los duelos, tan comunes en aquella época).

En Salamanca, ciudad levítica por excelencia, para la Iglesia y sus representantes el hecho de dar sepultura cristiana a suicidas o herejes no estaba contemplado. Unamuno, de espíritu liberal y heterodoxo, se distanció de los dogmas e imposiciones religiosas, considerando a los suicidas con derecho a ser enterrados cristianamente, posicionamiento que encarnan algunos de sus personajes, como don Manuel, protagonista de su novela *San Manuel Bueno, mártir*, quien ante la pregunta de si enterraría a un suicida en tierra sagrada responde afirmativamente (Unamuno, 2017, p.1178).

Luis Rodríguez Ennes (Rodríguez, 2018) señala que dos siglos antes de la existencia del Código de Derecho Canónico de 1983 hubo en España un pensador que se antecedió a esa postura respecto a los entierros de suicidas: Benito Jerónimo Feijóo (1676-1764), en cuyo tomo I de su *Teatro Crítico Universal* dedica la

paradoja quince al hecho de que “Es rarísimo el caso en que se debe negar el honor de sepultura Eclesiástica al que a sí mismo se quitó la vida”.⁷

Para Rodríguez, el hecho de enterrar a heterodoxos y suicidas fuera del campo santo simboliza “la intolerancia religiosa y filosófica, social y política que no sólo ha venido dividiendo a los españoles en vida, sino que también los ha ido separando a la hora de la muerte” (Rodríguez, 2018, p.325). División e intolerancia contra la que se rebeló continuamente Unamuno, denunciando muchos de los aspectos o ámbitos en los que éstas se plasmaban.

Por otra parte, los suicidios de amigos y conocidos de Unamuno (la de Josep Soler i Miquel acontecida en 1897, la de Ángel Ganivet en 1898, la de Manuel Laranjeira en 1912...) se vieron en cierta manera reflejados en su ánimo y en su producción escrita. Algunos de ellos convergieron con sus momentos de crisis espiritual y posterior *conversión*⁸.

En el caso de Ganivet, Unamuno y él se habían conocido en Madrid en la primavera de 1891 con motivo de sus oposiciones y mantenían contacto epistolar, ya que les unía por encima de todo su preocupación por España, plasmada por aquellos años en sus obras *En torno al casticismo* del vasco (1895) y *El idearium español* del granadino (1897) y en su diálogo epistolar público sobre *El porvenir de España* (1898). La circunstancia nacional y personal les conduce a ambos a situaciones de crisis similares. Mientras Unamuno en su diario confesaba en 1897 que le obsesionaba la idea del suicidio⁹, Ganivet lo lleva a cabo en 1898; “separados y unidos por el recuerdo y la insatisfacción, sufren el mismo mal de España” (Salcedo, 2005, p.111). Según Emilio Salcedo, el suicidio de Ganivet provocó tristeza y una gran impresión en Unamuno “tanto o más que el suicidio de España”, ya que si la “dimisión histórica del país era algo que se esperaba como consecuencia natural de una serie de sucesos universales, más allá de la voluntad nacional y personal; la fuga de la propia existencia, realizada por un amigo, era desazonante para quien había sentido la misma tentación” por lo que la “noticia del suicidio del amigo distante levanta los fantasmas de congoja en el corazón de don Miguel” (Salcedo, 2005, p.112).

En el caso de Josep Soler i Miquel, Laureano Robles, en su estudio sobre el texto de Unamuno “El mal del siglo”¹⁰, se refiere al suicidio del catalán y al vínculo

7 No sabemos si a Unamuno le influyó esta paradoja, pero sí que el *Teatro Crítico Universal* está en su biblioteca personal anotado.

8 Ya que esta crisis “le llevó a replantearse su visión de Dios, del mundo y del alma” (Robles, 1999, p.102).

9 “Esto es insufrible. Ahora me persigue la idea del suicidio” (Unamuno, 1970, p.124).

10 Escrito en octubre 1897, formaba parte de un libro inconcluso titulado *Meditaciones evangélicas*. En él aparecen las huellas de su crisis de 1897 y, por ende, de los planteamientos de su *Diario íntimo* (Robles, 1999, p.99): la crítica al literatismo, al intelectualismo, al racionalismo, al nihilismo, al paganismo, al progresismo materialista... que han llevado “a predicar el suicidio universal, el anonadamiento, y ha aparecido con carácter social el nihilismo teórico”, convirtiéndose la muerte en liberadora “ya que vivimos para volver a la nada. Los tragos amargos apurarlos pronto y de

con este texto, ya que aparece la referencia al mismo en la parte trasera de una de las notas manuscritas que lo componen:

“No estoy seguro que las notas o textos que vemos en el reverso de las hojitas no sean textos que Unamuno fuera añadiendo con posterioridad a la composición del autógrafo. Lo digo a tenor de la nota de la h. 11v («Véase la carta de Jorba, el fin de Soler y Miquel»).

En efecto, la carta a la que Unamuno remite, es a la que le escribiera el catalán Joan Pérez Jorba, escrita en Barcelona el 21 de abril de 1898 [...] En dicha carta le da noticias del suicidio del joven escritor catalán, José Soler y Miquel [...] Joan Maragall, a raíz de su muerte, recopiló sus escritos dispersos; entre los que encontramos uno dedicado al propio Unamuno. Sentía, le dice Pérez Jorba a Unamuno en la carta que le escribiera, una aprensión espantosa a la muerte; era un suplicio físico y moral lo que sentía por ella. Se pegó el tiro en el corazón, por ser éste el que más le hacía sufrir” (Robles, 1999, pp.121-122).

Pero el suicidio no era sólo una realidad en la intimidad de Unamuno, sino un problema social por el que se preocupó. Consideró que en su época había dos problemas en España que eran igualmente desconocidos y poco y mal tratados: la emigración y el suicidio; entre los que establece una relación de causalidad, como veremos más adelante. Aunque de naturaleza distinta, ambos implicaban dos formas de *desangre* del país por lo que requerían de intervención. Respecto al suicidio, hace algunas consideraciones públicas interesantes en “Del suicidio en España” (1913), donde a colación de la publicación de la *Estadística del suicidio en España. Sexenio de 1906-1911* (1913) expone posibles explicaciones y conclusiones sobre estos datos estadísticos y problematiza al respecto. Lo primero que señala es el hecho de que se trate a estos suicidas como meros datos numéricos, que se hable de ellos y del suicidio en abstracto, como si hubiera una *ciencia del suicidio*, considerando que no hay un “contraste más trágico que el que nos presenta la confrontación de uno cualquiera de los apasionados alegatos en pro o en contra del suicidio, su confrontación, digo, con esas fórmulas matemáticas para determinar el aumento medio anual geométrico del suicidio” (Unamuno, 1966d, p.523). La impersonalidad de las cifras, la deshumanización que conlleva, le molestaban enormemente, como ya había expresado en “El mal del siglo”:

una vez; ¡volvamos cuanto antes a la nada! Y es así como ha habido suicidios por terror a la muerte” (Robles, 1999, p.125). En este contexto Unamuno considera “elocuente” el suicidio del poeta portugués Antero de Quental, “cantor de la muerte eterna y de la vanidad y humo del todo” (Robles, 1999, p.125), e inserta el suicidio de Soler y Miquel. Como contrapartida, propone un retorno al espiritualismo, al cristianismo cordial, a la preocupación por el destino individual ultraterreno.

“Nos vamos habituando a no sentir la muerte, sino a verla en demografías o tablas de mortalidad, a calcular el hueco que dejará al morir el prójimo en el escalafón de los comensales a la vida. Se hace de la muerte un dato estadístico, un factor irracional, una X, y raro es quien siente respecto a su muerte hacia adentro” (Robles, 1999, pp.126-127).

Si leemos esta obra estadística comprobaremos cómo en la obra literaria de Unamuno se confirman y reflejan algunos de los datos que en la otra se exponen. En primer lugar, el hecho de que es mayor el número de suicidios entre el sexo masculino que entre el femenino (algo que se ocurre también en la actualidad, siendo que los hombres lo llevan a cabo cuatro veces más que las mujeres), a pesar de que es superior el número de mujeres que intentan suicidarse que el de hombres (siendo la proporción de mujeres que lo intentan tres veces mayor que en los hombres).

Por otro lado, Unamuno, aclarando los datos aportados en el estudio relativos al mayor número de suicidas casados que solteros, considera que el “repugnante apego a una cierta aparente y engañosa mayor comodidad de vida, el egoísmo que lleva a algunos a limitar el número de sus hijos es algo tendente al suicidio”; el apego a la vida que pasa y a sus placeres, unido al rechazo de responsabilidades nos acerca al suicidio, siendo que “nada aparta más del suicidio que el culto al dolor y al trabajo” (Unamuno, 1966d, p.525). El matrimonio y los hijos “apegan” a la vida, tal y como el propio Unamuno había experimentado, como le confiesa a Manuel Machado:

“a mí se me ha ocurrido cien veces lo mismo; pero si no me he pegado un tiro es porque tengo mujer y ocho hijos que mantener” (citado en Salcedo, 2005, p.167).

En este sentido, Unamuno apunta que las cifras confirman los trabajos de Émile Durkheim¹¹, tendentes a demostrar que “la paternidad defiende del suicidio y tanto más cuanto es más densa la familia” (Unamuno, 1966d, p.524).

Respecto a la profesión y a la clase social, el vasco considera muy difícil dilucidar esa influencia, pero parece concluir que se suicidan más los que “encuentran mayores facilidades para la vida [...] y menos los que más encarnizadamente luchan por la vida. [...] difícilmente se suicida un mendigo de nacimiento y que nada tiene que perder, y con facilidad un rico negociante que se arruina de pronto en un mal negocio.” (Unamuno, 1966d, p.525).

El tema que más le interesa del estudio es el de las causas determinantes del suicidio, señalando la dificultad de fijarlas y el desconocimiento de las causas de la quinta parte de los suicidios que se producen. Entre las conocidas estarían

11 En su libro *El suicidio* (1897) aportó una explicación sociológica del suicidio, concibiéndolo como un fenómeno social y ponderando las causas sociales sobre las individuales. Entre ellas estarían la ausencia de participación en la vida religiosa, la elevada instrucción (la cual contribuye al individualismo), carecer de familia (pareja e hijos), los cambios económicos bruscos, etc. Durkheim apuesta por la cohesión comunitaria (doméstica, política, religiosa) como forma de impedir el suicidio.

las *enfermedades*, las cuales llevan a huir del dolor¹² a los suicidas y adelantar su muerte. Unamuno añade aquí que “muchos se matan por miedo a morir. Los tragos amargos apurarlos cuanto antes” (Unamuno, 1966d, p.526). En segundo lugar, estaría el *disgusto de la vida*, el *taedium vitae*, el cual para Unamuno es otra enfermedad, ya que considera que “o es algo teórico, algo filosófico, una doctrina pesimista -como la de Leopardi, Schopenhauer, Hartmann, etc.-, o es algo práctico y más bien fisiológico. Pero el pesimismo teórico o filosófico rara vez conduce al suicidio, antes más bien al apego a la vida. Sabido es el grandísimo apego que a ella tenía Schopenhauer y cómo huyó del cólera” (Unamuno, 1966d, p.526). A esta causa seguiría la de los *disgustos domésticos* y la de la *miseria*, los cuales para Unamuno guardan relación, procediendo la mayoría de los primeros de la segunda. Después vendrían los *reveses de la fortuna*, el *amor contrariado*, etc. Respecto a este último, se permite sospechar, sintiendo así desilusionar a los “jóvenes románticos que creen que hay quien muere de amor, que los más de los que se matan o dicen matarse por contrariedades amorosas se habrían matado por otro pretexto cualquiera” (Unamuno, 1966d, p.527).

Respecto a las cuestiones sociales que influyen en el suicidio, Unamuno le da la razón al estudio al considerar que éstos afectan más a las clases de mayor nivel intelectual; atribuyéndolo a la *seudoilustración*, la cual “no puede sino acabar engendrando tedio de la vida y profunda desilusión” (Unamuno, 1966d, p.528).

Volviendo a la relación entre emigración y suicidio, Unamuno destaca del estudio la mayor propensión al suicidio de extranjeros y nacidos en otras provincias, es decir, los desarraigados en general. Considera que las “raíces le prenden a uno a un suelo y un pueblo le prenden a la vida; las plantas trasplantadas se defienden peor” (Unamuno, 1966d, pp.530-531).

Respecto a los medios de llevar a cabo el suicidio, entre ellos se destacan en dicho estudio como los más usados el arma blanca y la suspensión en el caso de los hombres, y el envenenamiento en el de las mujeres. Siendo la sumersión y la precipitación desde las alturas igualmente usado por ambos.

Aunque Unamuno sigue comentando el estudio y dando más datos al respecto, lo que queremos destacar es el interés que muestra por este problema, no sólo en España sino en todo el mundo (aportando datos de Japón, Estados Unidos, etc.) y en todas las épocas, siendo una constante en la raza humana y, por ende, necesitado de reflexión.

Antes que Unamuno, Ambrosio Tapia y Gil había sido de los primeros en ocuparse de comentar las cifras de suicidio en España desde finales del siglo XIX y de buscar explicaciones y soluciones a las mismas, como podemos ver por los títulos de algunas de sus obras, como *Los suicidios en Cataluña y en general de toda España*

12 Por el contrario, Unamuno afirmó en *Del sentimiento trágico de la vida* que “es mejor vivir en el dolor que no dejar de ser en paz” (Unamuno, 2005, pp.151-152).

(1900). En ella afirma que el suicidio se combate “por las ideas, los sentimientos, las creencias y las costumbres” (Tapia, 1900, p.235), apelando a todos los sectores de la sociedad para que contribuyan a su erradicación, consciente de que el suicidio es responsabilidad de todos: desde los padres dentro del núcleo familiar, los maestros en las escuelas, los curas en su tribuna... hasta los oradores y periodistas pueden contribuir a esta “hermosa labor”, quienes “pueden también prestar señalado servicio en favor de la propaganda contra el suicidio, no sólo condenándole, sino dejando de dar cuenta de los que sucedan, o hacerlo si la información lo exige, de modo tal, que no se precisen las condiciones del suicida, así como las circunstancias y accidentes del suceso” (Tapia, 1900, pp.235-236). Unamuno, desde su papel de filósofo, de escritor, de periodista, de intelectual, de maestro... responde a este llamado de Tapia, informando y concienciando sobre el tema con su obra, contribuyendo así a la “hermosa labor”.

5. PORTUGAL, UN PUEBLO SUICIDA

Pero Unamuno no sólo se preocupó por el suicidio en España, sino también en Portugal. El suicidio de destacados portugueses a lo largo de la historia, concretamente a finales del siglo XIX y principios del XX (varios de ellos autores que atrajeron al vasco y otros que conoció personalmente), llevó a Unamuno a preguntarse si había características y circunstancias nacionales que predisponían al suicidio. Miembro de la Generación del 98, la cual reflexionó sobre los rasgos que definían a cada pueblo, participando del discurso regeneracionista de los males de la patria, no sólo la española sino también la patria vecina, la portuguesa, debido a que consideraba que conociendo a Portugal podría conocerse mejor a España y porque para él entre ambas había una estrecha hermandad derivada y, a su vez, constituyente de la idea de unidad peninsular: Iberia. De esta manera, el análisis del suicidio en la realidad portuguesa le ayudaría también a arrojar luz sobre esta realidad española, estableciendo similitudes y diferencias entre ellas.

Unamuno se sirvió de sus varias visitas a diferentes lugares de Portugal, la lectura de sus autores, el conocimiento de su historia y las amistades que entabló con portugueses (tanto personalmente como por carta) para elaborar la imagen que se hizo de este pueblo. Entre las notas más destacadas con que los definió están la desesperación, la tristeza, la tragedia, el pesimismo... notas que, a ojos de Unamuno, se pueden percibir en algunos autores (Alexandre Herculano, Antero de Quental, Antonio Nobre, Oliveira Martins...) y en los versos más famosos de su literatura, los cuales condensarían la esencia portuguesa, como los de Antonio Nobre, “Amigos, ¡qué desgracia haber nacido en Portugal!” (Unamuno, 1966a, p.190), o los de Herculano, “isto da vontade da gente morrer” (Unamuno, 1966a, p.208).

Para Unamuno, toda esta tristeza, el arraigado pesimismo, tenía su origen en la ausencia de un elevado *ideal colectivo*, “uno de esos ideales que unificando la

vida de un hombre y la de un pueblo, les dan aquella personalidad sin la cual no es la vida, aun con riqueza, más que vaciedad y tristeza. Ese pesimismo arrancaba de la apatía” (Unamuno, 1966a, p.209). A esto aunaba la ausencia del *ideal religioso*, que caracterizaba para Unamuno a la clase dirigente portuguesa, afrancesada, europeizante, poseída por un *cientificismo progresero* (Unamuno, 1966a, p.209).

Todo ello le lleva a afirmar que Portugal es un pueblo triste hasta cuando sonrío y a basar en ello su naturaleza suicida, tal y como podemos leer en su ensayo “Un pueblo suicida”, escrito en Lisboa en noviembre de 1908, insertado posteriormente en *Por tierras de Portugal y de España*:

“Portugal es un pueblo triste, y lo es hasta cuando sonrío. Su literatura, incluso su literatura cómica y jocosa, es una literatura triste.

Portugal es un pueblo de suicidas, tal vez un pueblo suicida. La vida no tiene para él sentido trascendente. Quieren vivir tal vez, sí, pero ¿para qué?” (Unamuno, 1966a, p.244).

El suicidio de varios de sus escritores le ratifica en esta afirmación:

“Se suicidó Antero de Quental, el de aquellos terribles y lapidarios sonetos en elogio de la muerte, de la muerte <<hermana del amor y de la verdad>> [...] Se suicidó también Soares dos Reis, el gran escultor portugués. [...] Se suicidó también Camilo Castelo Branco, el gran Camilo, el escritor aquí más popular, el de los terribles sarcasmos, el que vivió y luchó solo, manteniendo contra todos enhiesta la bandera del ultrarromanticismo. [...] se suicidó también Moucinho de Albuquerque, en quienes muchos esperaban ver resurgir alguno de los héroes antiguos de la epopeya camoeniana. Este mismo año se han suicidado dos o tres personas conocidas, entre ellas Trindade Coelho” (Unamuno, 1966a, pp.244-245).

De entre los suicidios de portugueses, el que más le afectó fue el de su amigo Manuel Laranjeira. Desde que se conocieron en 1908 en Espinho entre ellos hubo una sincera amistad que Unamuno esperaba sobreviviera a la muerte. El vasco destaca en él la caridad y el desinterés con los que ejercía su profesión de médico y el hecho de ser “uno de los más típicos productos de su país y de su tiempo”, un “alma ansiosa de suprema libertad, de eterna dicha, que sufría en la vida” (Unamuno, 1966b, p.1320). El trato cercano que mantuvo con Laranjeira y el conocimiento de su obra, unido a su acercamiento al carácter portugués, permitieron realizar a Unamuno un personal análisis de las características, individuales y sociales, que llevaron a Laranjeira a poner fin a su vida terrenal. Esto le permitió seguir profundizando en sus reflexiones en torno al suicidio, no como tema abstracto, sino encarnado en los hombres de carne y hueso, y sangre. Las detalladas descripciones que Unamuno hace de la situación de Laranjeira nos permiten identificar éstas en personas con posibles ideaciones o tendencias suicidas, ofreciendo un cuadro de síntomas reconocibles por los allegados, y posibilitando una intervención a tiempo.

Unamuno encuentra en las *reveladoras* cartas que le remite Laranjeira la explicación de su posterior suicidio, y también el de Portugal. Para que esto sea comprensible a sus lectores hispanohablantes, Unamuno traduce al español las palabras de Laranjeira y las añade en su ensayo “Un pueblo suicida”:

“esta mi tan desgraciada tierra de Portugal. Desgraciada es la palabra. El pesimismo suicida de Antero de Quental, de Soares dos Reis, de Camilo, hasta del propio Alejandro Herculano [...], no son flores negras y artificiales de decadentismo literario. Esas extrañas figuras de trágica desesperación irrumpen espontáneamente, como árboles envenenados, del seno de la tierra portuguesa. Son nuestras, son portuguesas; pagaron por todos, expiaron la desgracia de todos nosotros. Diríase que fue toda una raza que se suicidó. En Portugal llegóse a este principio de filosofía desesperada: el suicidio es un recurso noble y una especie de redención moral. En este malhadado país, todo lo que es noble se suicida; todo lo que es canalla triunfa. Llegamos a esto, amigo. He aquí nuestra desgracia. Desgracia de todos nosotros, porque todos la sentimos pesar sobre nosotros, sobre nuestro espíritu, sobre nuestra alma desolada y triste, como una atmósfera de pesadilla, depresiva y mala. Nuestro mal es una especie de cansancio moral, de tedio moral; el cansancio y el tedio de todos los que se hartaron de creer. ¡Crear!... En Portugal, la única creencia aún digna de respeto es la creencia en la muerte libertadora. Es horrible, pero es así. Europa nos desprecia; la Europa civilizada nos ignora; la Europa mediocre, burguesa, práctica y egoísta nos detesta, como se detesta a gente sin vergüenza y, sobre todo... sin dinero. A pesar de eso, en Portugal aún hay mucha nobleza moral; aún hay, por lo menos, nobleza moral bastante para morir [...] Y más que saber si vamos hacia la vida o hacia la muerte, me preocupa saber si moriremos noble o miserablemente. [...] Portugal atraviesa una hora indecisa, gris, crepuscular, de su destino. ¿Será el crepúsculo que precede al día y a la vida, o el crepúsculo que antecede a la noche y a la muerte? No sé, no sé, no sé...” (Unamuno, 1966a, pp.245-247).

De esta radiografía que hace Laranjeira de sí mismo y de su país podemos extraer las claves de su decisión. Explica el pesimismo suicida de Portugal no como una pose decadentista, sino como algo enraizado en su país y en sus individuos. Rasgos de carácter, pero sobre todo razones históricas y políticas han sido los motivos de esta actitud, generándose una *filosofía desesperada*, donde el suicidio, lejos de ser algo condenatorio, resulta un acto de nobleza y de redención moral. Según Laranjeira, el alma del portugués está desolada y triste, sumida en una atmósfera de pesadilla, depresiva y mala. La ausencia de fe en general pero especialmente en su propio país los ha llevado a un tedio moral, por lo que lo único que queda es la muerte libertadora, por más horrible que esto resulte. A esto no ayuda el hecho de que Europa les trate con desprecio, rechazo... La conclusión es clara: Portugal es un pueblo enfermo, se encuentra en un momento de decadencia, crepuscular, y eso arrastra a los individuos de ideales nobles que prefieren arrojarse a la muerte antes que vivir una vida de corrupción, materialismo, inutilidad e inmoralidad.

El diagnóstico de Laranjeira es el de un médico, pero también el de un poeta que ama su patria y sufre por y con ella. La comunión con ésta le lleva a tomar la decisión fatal de poner fin a su vida tres años más tarde ante la nula esperanza de poder salir de aquella situación. Con motivo de su muerte, Unamuno le dedica un escrito que lleva su nombre en el que vuelve sobre la naturaleza del pueblo portugués y la de Manuel Laranjeira, en el cual se refleja e interioriza la primera. Además de a sus cartas, en esta ocasión Unamuno también recurre a su obra para encontrar las causas de su suicidio, concretamente a su libro de poesías *Commigo (versos d'um solitario)*, enviado a Unamuno unos días antes de su muerte, considerándolo éste por ello su “testamento público”. *Commigo* le parece a Unamuno un libro de “sabiduría fatídica”, ya que en las diecinueve poesías que contiene se puede apreciar el eterno lamento de Laranjeira, una continua “lluvia de plomo”:

“que la verdad, destruyendo la mentira, mata la felicidad; que quien busca la verdad busca su perdición; que es venenosa la verdad y envenena el corazón; que muere la ilusión redentora; que nos atormenta una sed loca de vivir; que se intenta volver a la fe como a un hogar abandonado y hasta la fe se encuentra envenenada [...] que el remedio es naufragar [...] que vivir sin fe es vivir la muerte; que el secreto para no ser vencido es creer [...] Y el pobre autor de esta lamentable letanía sellaba su testamento con su suicidio” (Unamuno, 1966b, pp.1320-1321).

Unamuno reconoce en el cansancio, la depresión, el tedio, la falta de amor, el pesimismo, la trágica situación en la que estaba su patria, el instalarse en la total desesperación, la falta de fe creadora, de esperanza... los motivos que llevaron a Laranjeira a su triste final y que han llevado y pueden llevar a muchas otras personas al suicidio. Y aunque a ojos de Unamuno Laranjeira creyó y amó mucho, “por falta de fe en la muerte se ha quitado la vida” ya que “los que esperan de la muerte algo la esperan luchando en la vida” (Unamuno, 1966c, p.1321). En esa conjunción de desesperación y (lucha por la) esperanza es en la que se encuentra para Unamuno la tabla de salvación.

6. UNAMUNO, ¿INDUCTOR AL SUICIDIO?

Con base en lo señalado hasta el momento y teniendo presente el contexto personal y sociohistórico de Unamuno y la omnipresencia del suicidio en su obra, consideramos oportuno replantearnos algunos juicios esgrimidos en torno al vasco y su tratamiento del suicidio. Su estilo directo, sus paradojas, el llevar al papel temas candentes de su época y el hecho de que nada humano le fue ajeno, provocó que sus reiteraciones, su franqueza y el deseo de profundizar en las entrañas humanas fueran en muchas ocasiones mal entendidas y se pudiesen interpretar contrariamente a la intención original de nuestro autor. El tratamiento que hace de la esperanza, en los hombres y en los pueblos, vinculándola con la desesperación más absoluta, es más, considerando la esperanza consecuencia de esta desesperación, pero a su vez, su

lenitivo, nos permite percibir claramente el posicionamiento de Unamuno en torno a cómo el ser humano debe afrontar su situación en el mundo, especialmente frente a los acontecimientos vitales más negativos. Ante la encrucijada desesperación o esperanza, y como se puede comprobar claramente en su obra *Del sentimiento trágico de la vida*, Unamuno siempre optó y recomendó optar por la segunda, a sabiendas de que no se podía eliminar por completo la desesperación de nuestras vidas, ya que eso aniquilaría la esperanza como tal.

Este canto a la esperanza es un buen ejemplo de la actitud de Unamuno ante la tragicidad de la existencia. Hecho que nos permite reflexionar y polemizar con los que han considerado a Unamuno un autor y un hombre que hizo en su obra una apología del suicidio a través tanto de la presencia del suicidio (el suicidio de muchos de sus personajes, principales y secundarios) y de la plasmación y reflexión de lo que podríamos considerar emociones negativas (congoja, desesperación, sentimiento trágico, agonía, angustia...). Este catalogo de emociones negativas que encarnan muchos de sus personajes y el propio Unamuno han llevado a confundir la parte por el todo y, a pesar de que Unamuno acepta como una condición inherente la tragedia en los seres humanos, esto no significa que la vida no merezca la pena ser vivida.

Los que no supieron ver más allá de la tragedia y la agonía unamunianas como el punto de partida para, lo que podríamos denominar, una *filosofía de salvación*, se quedaron en lo inmanente, en lo “negativo” de su planteamiento, olvidando el salto que Unamuno postula a continuación y que consiste en una afirmación de la vida. A pesar de su esfuerzo, Unamuno fue considerado en vida un *inductor al suicidio*.

Por otro lado, y a la luz de la época actual, habría que añadir otro eje más al debate y es la cuestión de que, a pesar de que Unamuno se posicionara a favor de la vida frente al suicidio, sería oportuno plantearnos el hecho de si la forma que tuvo de plasmar y referirse al suicidio fue inadecuada consiguiendo, involuntariamente, lo contrario de lo que se proponía.

Para empezar, debemos señalar que el propio Unamuno fue conocedor de las críticas que se le hicieron por considerarle un incitador al suicidio, algo de lo que nos hace partícipes al mencionar el juicio que recibió por parte de un jesuita en su novela *Un pobre hombre rico, o el sentimiento cómico de la vida*:

“Y ahora, mis lectores, los que han leído antes mi *Amor y Pedagogía* y mi *Niebla*, y mis otras novelas y cuentos, recordando que todos los protagonistas de ellos, los que me han hecho, se murieron o se mataron -y un jesuita ha llegado a decir que soy un inductor al suicidio” (Unamuno, 2017, p.1246).

Este juicio y el eco que se hace Unamuno de él es interesante por varios motivos. En primer lugar, destaca la tragicidad y la presencia de la muerte en la obra unamuniana (en muchas ocasiones, como venimos destacando, a través del suicidio), algo que hace de Unamuno un autor molesto, incómodo para muchas personas. La

muerte, clímax de la mayoría de sus obras, ilumina y concede sentido a la vida de sus personajes además de contribuir, a ojos de Unamuno, a dotarles de un tipo de inmortalidad: la de la fama, al seguir viviendo en las cabezas de sus lectores.

A día de hoy somos conscientes de que el hecho de plasmar suicidios en obras literarias, abordar la cuestión en artículos, reportajes, películas, etc., es decir, el tema de la exposición y publicidad del suicidio, ha sido y es un arma de doble filo, ya que según cómo se hable de él públicamente puede generar efectos positivos (concienciación, apoyo, recursos, etc.) o causar un efecto llamada o de imitación a través de un tratamiento incorrecto de la información (efecto Werther¹³). Al tener la forma de hablar del suicidio consecuencias directas en el aumento/descenso de los casos de suicidio, las investigaciones actuales no sólo están centradas en estudiar el “efecto Werther” (cómo se han producido las acciones de imitación de conductas suicidas) sino en contrarrestarlo, es decir, ver cómo un manejo adecuado de la información y otros recursos proveen de herramientas para detectar y erradicar los posibles intentos o casos de suicidios. A este conjunto de medidas se le denomina “efecto Papageno”¹⁴. Aunque en la época de Unamuno no se era muy consciente de ello, lo que sí sabemos es que, como apunta Lucía Santonja Ayuso, “desde el siglo XIX se ha podido objetivar que un mal uso de la comunicación puede promover a la ideación y/o ejecución de las conductas suicidas (efecto Werther)” (Santonja, 2022, p.31).

¿En cuál de estas dos opciones podríamos incluir el trato que Unamuno hizo del suicidio? No podemos valorar las consecuencias reales que tuvieron sus escritos en ese sentido, pero sí podemos analizar, a la luz de los estudios actuales, si cumplió las recomendaciones que se hacen actualmente respecto al tratamiento público del suicidio (salvando las distancias). De la lista que ofrece la OMS¹⁵, podemos

13 Construcción originada por el sociólogo David Phillips en 1974 para referirse al efecto imitativo de la conducta suicida. El nombre proviene del personaje principal de la novela de Goethe *Las penas del joven Werther* (1774), quien se suicida por (des)amor. Su estilo y comportamiento fue imitado por jóvenes de la época, muchos de los cuales llegaron a suicidarse imitando al protagonista. En muchos casos el contagio es posibilitado por los medios de comunicación, los cuales transmiten las noticias de los suicidios, pero también se puede dar por otras vías: literatura, cine, etc. El imitado suele ser una persona real famosa, célebre, pero también un personaje de ficción o alguien cercano (un familiar, un amigo, un vecino, etc.).

14 Se refiere a la propuesta de modelos de conducta y ejemplos de personas que han optado por la vida superando situaciones de crisis, angustia, desesperación, etc., que sirven para prevenir el suicidio. El “efecto Papageno” tiene su origen en 2010 por parte de Niederkrotenhaler. El nombre lo toma de uno de los personajes de *La flauta mágica* (1791) de Mozart, en la que uno de sus protagonistas (Papageno) vence sus ideaciones autolíticas gracias al apoyo de varios personajes (Santonja, 2022, p.32).

15 La OMS resume estos puntos entre lo que se debe hacer (dar información exacta sobre dónde buscar ayuda; formar al público sobre los datos del suicidio y su prevención, sin generar mitos; informar sobre maneras de cómo enfrentar las ideaciones suicidas y las situaciones estresantes y las posibles formas de ayuda; tener precaución al informar sobre suicidios de celebridades; ser cuidados al entrevistar a los “supervivientes” (familiares y amigos); ser conscientes de que los profesionales de los medios de comunicación pueden verse afectados por noticias sobre suicidios) y lo que no se debe hacer (no destacar ni reiterar las noticias sobre suicidios; no usar un lenguaje sensacionalista ni

advertir que en Unamuno se cumplen las siguientes recomendaciones: 1) Unamuno no aporta descripciones detalladas de las escenas suicidas, evitando los elementos escatológicos (esto queda patente en casi la totalidad de los suicidios que aparecen en sus escritos, en los cuales no existen descripciones detalladas al respecto; es más, incluso a veces el suicidio queda latente, es decir, no se confirma del todo sino que nos lo imaginamos); 2) tampoco mencionó métodos poco conocidos ni dio detalles que pudieran inspirar a posibles suicidas a la hora de llevar a cabo su muerte (sus personajes piensan y/o recurren a medios “clásicos” o “comunes”, como el disparo, el ahorcamiento o el ahogamiento. En sus obras “El misterio inicial de mi vida” o “El padrino Antonio” queda constancia de ello); 3) usó fuentes auténticas y confiables e interpretó con sentido común las estadísticas (como se puede observar en el comentario que hace de ellas en los artículos arriba abordados); 4) no hizo que sus personajes suicidas resultasen atractivos (al revés, éstos no suelen ser dignos de ser imitados, normalmente son personas fracasadas, rechazadas, pusilánimes, etc.; buen ejemplo de ello es su personaje Apolodoro); 5) no presentó los suicidios como un hecho de explicación simple, sino de carácter multifactorial (vinculados tanto a cuestiones individuales como sociales, económicas o contextuales, como hemos podido observar en el caso de Manuel Laranjeira o en el del padre de su personaje Eugenia, que se suicidó por una mala operación bursátil); 6) no idealizó, ni romantizó, ni dulcificó el suicidio ni lo abordó de manera sensacionalista (ejemplo de ello es el fragmento citado más arriba de “El padre Antonio”); 7) no presentó los suicidios como delitos o pecados, juzgando, culpabilizando o condenando a los suicidas, sino mostrando empatía y compasión por ellos (además del caso de Laranjeira, tenemos el de su amigo Ganivet); 8) contribuyó a la visibilización de los factores de riesgo (patologías mentales, alcoholismo, etc.), lo cual permite detectarlos y minimizarlos (en este sentido, los *monodialogos* de muchos de sus personajes o las descripciones de los mismos lo explicitan); 9) pretendió sensibilizar a la sociedad sobre esta cuestión y presentó opciones de vida, formas de estar en el mundo, como alternativas al suicidio. Queda constancia de ello en la reflexión que hace la protagonista de “La viuda de Demetrio. Ensayo de filosofía moral”, quien le va confesando a su interlocutor cómo pensó suicidarse tras la muerte de su marido, optando finalmente por no hacerlo gracias al haber encontrado consuelo a su aflicción y un motivo para seguir viviendo en la esperanza de un más allá en el que encontrarse con su marido. Otros ejemplos en esta línea serían los ya mencionados de sus personajes San Manuel Bueno y su padre, quienes tuvieron unas vidas de lucha contra el suicidio, extremando los cuidados para conservar sus vidas.

Por todo lo anterior, consideramos que Unamuno, más que inducir al suicidio, lo que hizo fue sensibilizar y crear conciencia sobre esa realidad (ocultada y

que normalice el suicidio; no presentar el suicidio como una solución constructiva a los problemas; no describir el método utilizado de manera explícita; no dar detalles sobre el sitio y la ubicación; no servirse de titulares sensacionales; no servirse de fotografías, vídeos, etc.). (OMS, 2017, p. IX).

estigmatizada), sacándola a la luz y luchando contra ella, como afirma en unos de sus discursos:

“una vez en que aquí en un debate el ministro de la Gobernación hablaba del suicidio de una región yo interrumpí diciendo: «No hay derecho al suicidio.» En efecto, cuando un semejante, cuando un hermano mío quiere suicidarse, yo tengo la obligación de impedirselo, incluso por la fuerza si es preciso, no tanto como poniendo en peligro su vida cuando voy a salvarle, pero sí incluso poniendo en peligro mi propia vida” (Unamuno, 1931).

Si en nuestra época apenas se realizan campañas de alfabetización en salud mental más allá del ámbito hospitalario y el suicidio es silenciado (a pesar de ser la primera causa de muerte externa en España con 10 casos de suicidios al día)¹⁶, en la época de Unamuno era un tema tabú. Es por ello por lo que Unamuno trae el suicidio a un primer plano (como hizo con todo lo que afectaba al individuo), presentándolo como una realidad que atañe a un número elevado de personas y que tiene consecuencias no sólo individuales y familiares sino para toda la sociedad.

Unamuno vivió en un mundo donde el dolor emocional pertenecía a un ámbito secundario, privado, prestando atención sólo al malestar corporal. Las afecciones mentales eran desconocidas en su mayoría y poco y mal tratadas, generaban más estigma que auxilio. Esto impedía que las personas pidieran ayuda, ni siquiera a sus llegados, y padecieran solos el trance, lo que les llevaba a la mayoría de las veces al fracaso, es decir, al suicidio. La actitud de Unamuno ante el dolor ajeno es justo la contraria, y no sólo respecto a los seres humanos sino también al resto de los seres intramundanos:

“Al oírle un grito de dolor a mi hermano, mi propio dolor se despierta y grita en el fondo de mi conciencia. Y de la misma manera siento el dolor de los animales y el de un árbol al que le arrancan una rama, sobre todo cuando tengo viva la fantasía, que es la facultad de intuimiento, de visión interior” (Unamuno, 2005, p.285).

Unamuno ofreció en sus escritos una amplia casuística de circunstancias suicidas, nada más lejos de dar datos con la finalidad de incitar al suicidio, sino todo lo contrario, ya que era posible servirse de esos relatos para identificar situaciones cotidianas que podían derivar en el suicidio. De esta manera, proveyó a sus contemporáneos de información para detectar el suicidio e intentar así evitarlo, ya que en muchos casos es algo que no se ve venir y sorprende al entorno. El cuadro emocional de varios de sus personajes, tal y como los va presentando Unamuno en la obra, es perfecto ejemplo de ello. Por citar uno, el caso de Ramón Nonnato, donde su situación familiar (generadora de desamparo, carencias y sentimientos de culpa) detonan la soledad, tristeza y desesperanzas que le llevan al suicidio.

16 Ver 10, *una realidad silenciada* (2022).

Desde la OMS se está prestando mucha atención al hecho de la prevención del suicidio a través de la detección de circunstancias que lo pueden provocar (enfermedades, adicciones, crisis económicas, amorosas, etc.). Como señala Santonja:

“Si bien uno de los factores de riesgo individuales más importante para quitarse la vida a través del suicidio son los intentos de suicidio no consumado previos, también habría que tener en cuenta otros como el consumo de alcohol o la presencia de trastornos mentales [...] se contemplan otros factores de riesgo, como las rupturas sentimentales, problemas económicos o estrategias de afrontamiento inadecuadas, vivencias conflictivas, catástrofes, situaciones violentas, pérdidas de seres queridos y sensación de aislamiento social” (Santonja, 2022, p.31).

Estos factores de riesgo, al ser identificados y tratados, aminoran el número de suicidios, tanto consumados como no consumados. Unamuno tuvo claro que los individuos no se suicidan porque sí, por capricho, sino que siempre hay una o varias causas detrás, conscientes o inconscientes, lo cual nos interpela a zambullirnos en los motivos que mueven a las personas, intentar comprenderlos para así evitar esas muertes violentas y trágicas.

El suicidio en Unamuno, como consecuencia o respuesta a diferentes factores, va acompañado en la mayoría de los casos de algunas notas características: soledad, desamparo, tristeza, ausencia de amor, vida inauténtica, etc., los cuales causan dolor¹⁷, sufrimiento, desesperación, y esto los lleva a la muerte. Ante esta secuencia lineal de sufrimiento, desesperación y muerte, Unamuno mostró empatía, compasión, comprensión y consuelo hacia sus protagonistas, por su dolor¹⁸, y no juicios, prejuicios, condenas y críticas hacia el suicidio y las personas que se habían suicidado o lo habían intentado, tal y como lo demuestra a colación del suicidio de Laranjeira:

“Y no esperes, ahora, lector, que me ponga aquí a declamar contra el suicidio, a acusar a mi pobre amigo, ¡no! No es ésta la ocasión. Ni es éste el suicidio un problema del que se pueda tratar en abstracto. Es una enfermedad, sin duda, y condenar las enfermedades me parece una cosa ridícula. Declamar contra el suicidio sobre el cadáver de un suicida es algo así como declamar contra la tuberculosis sobre el cadáver de un tuberculoso” (Unamuno, 1966c, p.1323).

Este reconocimiento, comprensión y compasión por el dolor ajeno de parte de Unamuno en sus escritos es en sí catártico para muchos ya que supone una forma de compañía, de validación del dolor, de comunión en el dolor y el sufrimiento,

17 Unamuno contempla diferentes grados y tipos de dolor: “desde aquel dolor físico que nos hace retorcer el cuerpo hasta la congoja religiosa” (Unamuno, 2005, p.365).

18 En su obra *Del sentimiento trágico de la vida* Unamuno ofrece una antropología y una ética, en las que es el dolor, el sufrimiento el origen de la conciencia individual (“sólo sufriendo se es persona”, Unamuno, 2005, p.365) y el que hace que nos identifiquemos con los otros al dolernos, uniéndonos con ellos, generando por ellos amor, compasión, consuelo, caridad. Siendo también el dolor el origen de la “esperanza, que es lo bello de la vida” (Unamuno, 2005, p.363).

que puede resultar el primer paso para muchos para alejarse de su voluntad suicida. Leyendo, por ejemplo, su *Diario íntimo*, no resulta atrevido hablar de la voluntad suicida de Unamuno en momentos puntuales de su vida. Pero el Unamuno suicida fue uno de sus *yo ex futuros* (como él se refería a sus yo que habían quedado sólo en potencia) y ante el sufrimiento y la desesperación que le acompaña optó por la esperanza y la afirmación de la vida, tal y como muestra en muchos de sus escritos y cartas particulares. Es por ello por lo que podemos tener a Unamuno como ejemplo de superador de esos pensamientos e ideaciones suicidas. Así le narra en una carta a su amigo Leopoldo Gutiérrez Abascal cómo las ha superado:

“Cuando el año pasado sufrí de pronto la crisis que usted conoce me encontré abatido y como un náufrago se agarra a una tabla me agarraré a mis recuerdos. Busqué consuelo de cualquier modo, me amparé hasta en supersticiones [...] cada día creo más que hay que buscar el fondo cristiano común a todas las iglesias. Ese fondo cristiano común, sustanciado en nuestra cultura, es la verdadera salud de los individuos y de los pueblos” (citado en Robles, 1999, p.112).

Al igual que la información sobre el suicidio o su aparición en novelas u otros escritos puede influir sobre su cifra negativamente, también ocurre lo contrario: la divulgación de algunos modelos de conducta y planteamientos de vida pueden contribuir a la prevención del suicidio.

A su vez, como medida de protección ante el suicidio, Unamuno se propone luchar para acabar con muchos aspectos que llevan a los hombres y mujeres y llevaron a su amigo Laranjeira a quitarse la vida:

“Mi deber, mi deber ahora, frente al reciente cadáver de este mi desgraciado amigo que se quitó la vida -y no es el primero; ahí está, entre otros, Ángel Ganivet-, es agarrarme más y más a la vida para protestar contra todo lo que ha hecho que el pobre Laranjeira se haya matado; para protestar contra la mentira y la injusticia; para protestar contra el vacío espiritual; contra la falta de ansia de fe, contra el huero progresismo, contra la ramplonería. En otro ambiente Laranjeira se habría conservado para luchar. La desilusión puede ser una fuerza de vida” (Unamuno, 1966c, p.1324).

Llevado por el sentimiento de caridad, ya que, como él mismo señala, “es, pues, la caridad el impulso a libertarme y a libertar a todos mis prójimos del dolor” (Unamuno, 2005, p.374).

Esta empatía también se debe al hecho de que Unamuno vivió en varias ocasiones el suicidio de cerca, lo cual le convierte en parte de la circunstancia suicida, en un damnificado de la misma, en un “superviviente”¹⁹, como se les denomina actualmente. El suicidio es una tragedia en sí misma y para los que lo rodean, se calcula que en torno a veinte personas como mínimo se ven afectadas en cada caso de

19 Ver *El silencio que mata* (2022).

suicidio²⁰. Históricamente, tanto la sociedad como los especialistas, se han olvidado de los familiares, amigos y resto de los miembros del entorno suicida. Unamuno fue en muchas ocasiones parte de esta circunstancia humana, donde el suicidio del *otro-allegado* se vive y padece sin recursos, sin herramientas para sobrellevarlo. Una muerte es una pérdida, pero un suicidio es una pérdida con muchas interrogaciones (el porqué de la decisión del suicida y el qué tendríamos/podríamos haber hecho para evitarlo o el qué hemos hecho que ha repercutido en su decisión última) y sentimientos de culpa que generan malestar, dolor y angustia. Este sentimiento de culpa funge como lazo, como vínculo con el suicida, y genera una reflexión empática y compasiva. Desde ese rol de afectado Unamuno va a reflexionar sobre el suicidio, especialmente en el caso de Manuel Laranjeira, en el que reconoce haber predicho muchas veces cuál sería su muerte, planteándose incluso si había influido en él, en su última e irreversible decisión:

“¡Pobre amigo! Y pienso tristemente si no alimenté yo sin quererlo, en cierto modo, su pesimismo. Recuerdo una frase de Guerra Junqueiro que hablándome de Antero me dijo una vez: Antero no se suicidó él; le suicidó Oliveira Martins. Pero no, no; los suicidas se suicidan ellos mismos. Y por lo que al caso de mi pobre Laranjeira hace, tengo ante Dios y ante los hombres la conciencia de haber tratado de hacer activo y batallador su pesimismo, de haber tratado de que sacara esperanzas del fondo mismo de su desesperación” (Unamuno, 1966c, p.1323).

Unamuno trató “de hacer que, de sus mismas doctrinas, del fondo mismo de su desesperación trascendente, sacara una trágica esperanza, que aceptase una vida de lucha, de pasión, de protesta, que sustituyese a la fe con su ardiente anhelo de creer, que rezase con sus actos... ¡Todo inútil!” (Unamuno, 1966c, p.1321). Como queda patente, intentó ayudar a su amigo, reconfortarle, darle esperanzas, anclas sociales y religiosas a las que aferrarse para seguir viviendo, pero como advirtió, “unos protestan con su muerte otros protestamos con la vida. Y seguimos esperando en que un día se rompa el misterio” (Unamuno, 1966c, p.1320).

7. CONCLUSIONES

En estas páginas hemos visto la presencia y preocupación de Unamuno por el suicidio en diferentes niveles o planos: el personal, el familiar, el amical y el social. Leyendo sus obras más íntimas podemos ver cómo Unamuno padeció la “tentación del suicidio”. La universalidad de esa tentación le llevó a indagar sobre el mismo y, a través de sus escritos, poner el foco de atención de toda la sociedad sobre este tema. Además de ello, su obra al respecto desempeñó otras funciones necesarias en aquel momento: concienciar sobre el suicidio, sacarlo del silencio en el que se

20 Ver *800.000: el suicidio, el mal invisible* (2015).

encontraba, visibilizar el drama, el dolor que lo acompaña (tanto al suicida como a sus familiares), desestigmatizarlo, ofrecer un catálogo de síntomas (sentimientos de tristeza, soledad, etc.), agravantes y factores de riesgo (como el género, el alcoholismo, los antecedentes familiares, la situación socioeconómica, la dedicación, características personales, enfermedades, etc.) que podían derivar en un suicidio.

Lejos de apoyar los castigos y privaciones del Código penal y del Derecho canónico para los suicidas o quienes les ayuden, y conector de que estos castigos a lo largo de la historia han sido impotentes e inútiles para disuadir a los hombres del suicidio, apuesta por otros métodos: la comprensión, la empatía y la compasión. A través de su propia experiencia, Unamuno nos da unas pautas sobre cómo superar, esquivar o evitar una conducta suicida, dando evidencias de su apuesta por la vida, como él mismo demuestra ante las varias ocasiones en que se le presentó el dilema de si suicidarse o seguir viviendo. Es por ello que, volviendo al principio de estas páginas y respondiendo a la pregunta que planteaba Camus, si la vida merece la pena vivirla o no, podemos afirmar que Unamuno, a pesar del dolor y la tragedia que acompañan a la vida y al ser humano, respondió afirmativamente a esta cuestión.

8. BIBLIOGRAFÍA

- Bilbao Terreros, Gorka (2014). La muerte en la ficción unamuniana: Una encrucijada entre el conocimiento y la identidad individual. *Hispania*, vol. 97, n. 3, pp.430-440. <https://www.jstor.org/stable/24368818>
- Blanco Aguinaga, Carlos (1964). Unamuno's *Niebla*: Existence and the Game of Fiction. *Modern Language Notes*, vol. 79, n. 2, pp.188-205.
- Camus, Albert (1995). *El mito de Sísifo*. Madrid: Alianza Editorial.
- Dobón Antón, María Dolores (1996). "El suicidio del padre": Un texto inédito de Unamuno. *Ínsula: revista de letras y ciencias humanas*, n. 591, pp.3-5.
- Durkheim, Émile (2012). *El suicidio*. Madrid: Akal.
- Escudero, Conrado (director) (2022). *10, una realidad silenciada*. España. <https://www.youtube.com/watch?v=rZtM0bgvph8&t=6s>
- Feijóo, Benito Jerónimo (1923). *Teatro Crítico Universal*. Madrid: La Lectura.
- Frayle Delgado, Luis (1996). La muerte en el "Diario Íntimo" de Unamuno. *Cuadernos de la Cátedra Miguel de Unamuno*, n. 31, pp. 89-97. <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=56764>
- Garrido Ardila, Juan Antonio (2008). Nueva lectura de *Niebla*: Kierkegaard y el amor. *Revista de literatura*, n.139, pp.85-118.
- OMS (2017). *Prevención del suicidio: un recurso para los profesionales de los medios de comunicación*. <https://iris.paho.org/handle/10665.2/49121>
- Rabaté, Colette y Jean-Claude (2009). *Miguel de Unamuno. Biografía*. Madrid: Taurus.

- Robles, Laureano (1999). “El mal del siglo” (Texto inédito de Unamuno). *Cuadernos de la Cátedra Miguel de Unamuno*, n. 34, pp. 99-131. <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=275513>
- Rodríguez, Celia (directora) (2022). *El silencio que mata*. España. https://www.youtube.com/watch?v=QVw_gPB57uc&t=46s
- Rodríguez Ennes, Luis (2018). La polémica en torno a los enterramientos y los suicidas en la España de la ilustración. *Anuario da Facultade de Dereito da Universidade da Coruña*, n. 22, pp. 320-328. <https://revistas.udc.es/index.php/afd/article/view/afdudc.2018.22.0.5189>
- Salcedo, Emilio (2005). *Vida de don Miguel (Unamuno, un hombre en lucha con su leyenda)*. Salamanca: Anthema.
- Santonja Ayuso, Lucía (2022). El efecto Papageno: una revisión de alcance. *Revista Española de Enfermería de Salud Mental*, n. 17, pp. 830-41. <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=8764442>
- Tapia y Gil, Ambrosio (1900). *Los suicidios en Cataluña y en general de toda España*. Barcelona: Luis Tasso.
- Unamuno, Miguel de (1913). *El espejo de la muerte (novelas cortas)*. Madrid: Renacimiento.
- Unamuno, Miguel de (1931). “Gran discurso de don Miguel de Unamuno sobre el castellano como idioma oficial de la República”. *El Sol*. Disponible en: <https://gredos.usal.es/handle/10366/101548>
- Unamuno, Miguel de (1966a). *Por tierras de Portugal y de España, Obras completas I. Paisajes y ensayos*. Madrid: Escelicer.
- Unamuno, Miguel de (1966b). *Obras completas II. Novelas*. Madrid: Escelicer.
- Unamuno, Miguel de (1966c). Manuel Laranjeira, *Obras completas IV. La raza y la lengua*. Madrid: Escelicer.
- Unamuno, Miguel de (1966d). El suicidio en España (I y II), *Obras completas VII. Meditaciones y ensayos espirituales*. Madrid: Escelicer.
- Unamuno, Miguel de (1970). *Diario íntimo*. Madrid: Alianza Editorial.
- Unamuno, Miguel de (2005). *Desde el sentimiento trágico de la vida en los hombres y en los pueblos y Tratado del amor de Dios*. Edición de Nelson Orringer. Madrid: Tecnos.
- Unamuno, Miguel de (2017). *Miguel de Unamuno. Novelas completas*. Edición, introducción y notas de Juan Antonio Garrido Ardila. Madrid: Cátedra.
- 93Metros (productora) para El Español (2015). *800.000: el suicidio, el mal invisible*. España. https://www.youtube.com/watch?v=luKGhNPwJe4&list=LkawI0Lp3h6qDFwn3BrE_YO5hf2rweeqv&index=3